UN RECUERDO Y UNOS VERSOS – JUAN LEÓN MERA

Eloísa era una graciosa y simpática joven, y su viveza y travesura me agradaban más que su belleza.

El año de 187… la vi después de seis u ocho meses y la encontré algo pálida y triste.

Sabía yo que desde su infancia había mantenido inocentes amores con un joven un poco mayor que ella, al cual llegó a mirar como a su novio.

Amores de las flores y el céfiro, de esos amores puros y candorosos cantados por el dulcísimo Selgas; pero amores que, o se deshojan como ellas; o como el céfiro pasan demasiado rápido aunque dejando dolorosas huellas.

La pregunte si estaba enferma y me contestó sonriendo que no.

--- Entonces, esa palidez…

--- Entonces, ¿qué? ---me interrumpió. Y yo le repetí estos dos versos de Martínez de la Rosa:

Pálida está de amores

Mi dulce niña

Se puso súbitamente colorada y huyó de mi presencia.

Comprendí que el corazón de Eloísa pasaba algo serio. El amor de los jóvenes, tenido por cosa frívola por algunas almas irreflexivas y superficiales, no es para menospreciarlo, ni para que se le deje pasar desadvertido; esa pasión, según se la comprenda y dirija, es el genio malo o bueno que frecuentemente obra con gran poder en los caracteres y en el destino del hombre: el porvenir depende muchas veces de esa llama con la cual juega la inocencia sin quemarse, en tanto que no viene la malicia a terciar en los juegos. ¡Y cuán difícil es evitar que esta intrusa venga a envenenar las entrañas de aquel ángel compañero de la primera infancia!

Eloísa no tuvo quien comprendiera su pasión, ni quién la escuchase contra la malicia, ni quien dirigiese su vuelo por rumbo conveniente y honrado. Esto no quiere decir que hubiese tropezado en el guijarro de la perdición, del cual por maravilla se libera la juventud descuidada; no, señor; Eloísa tenía aún envuelta el alma en el cándido velo de la pureza infantil; más cuando calé sus amores hallé que a fuerza de imprudente libertad se había robustecido y tomado un camino cual no era posible hacerlos retroceder.

Pero yo no sabía toda la historia. Sin embargo, noté que el joven N… se había alejado del trato amistoso de la familia de Eloísa. Antes era asiduo en visitarla, y, considerado casi como miembro de ella, solía ser llamado a participar de las tertulias y de las diversiones más íntimas. Y, no hay que advertirlo, las miradas más tiernas, las frases más suaves de N… eran para Eloísa; para ella llevaba las más lindas flores y las frutas más exquisitas; para ella buscaba libros amenos y las piezas de música más a la moda.

Ese amigo tan constante, ese enamorado tan fino y obsequioso, dejó de ir un día a casa de Eloísa; después la ausencia fue de dos días consecutivos, luego de una semana por fin de un mes, de más de un mes, de dos meses… Eloísa y su familia le mostraron extrañeza por tan irregular proceder. No le faltaban a N… disculpas; pero disculpas que, si al principio poco o nada le justificaban, llegaron a ser ofensivas a fuerza de dejar traslucir la falsedad que encerraban. En la familia de Eloísa comenzó a desenvolverse aquella fría indiferencia, precursora infalible del olvido. La indiferencia es como la hiedra que se desarrolla en los muros abandonados; cuando los cubre del todo, es la imagen del olvido; la indiferencia gatea, pues, fría y triste sobre la amistad o el amor que no se cultivan, y acaban por sepultarlos sin dejar vestigio ninguna de ellos.

Pero ¿y Eloísa?

Eloísa se demacraba y palidecía.

El referido año de 187… en una de mis visitas a la familia de Eloísa, observé que esta me miraba con cierto interés contrariado por la pena. Quería decirme alguna cosa, entreabría los labios, mas enseguida se los mordía, se ponía encendida como una guida y bajaba en silencio los ojos. La segunda vez que hizo esto le recité por lo bajo estos dos endecasílabos de cierta composición:

Amor en vano de esconderse trata

Si el fuego de tus ojos le delata

--- ¡Versos! ---dijo Eloísa suspirando---: ¡Ah! Señor, usted hace hermosos versos. Le envidio.

--- ¿Los quisieras para ti, Eloisita? ---le pregunté; más había apresurado el paso, y apenas me oyó cuando traspuso el quicio del salón donde no aguardaba su mamá.

Allí continuó mirándome a hurtadillas, y en cada mirada parecía decirme: ¡Ah, señor, hace versos!

No había, pues, que darle vueltas: los ojos de su alma se iban tras de mi musa, no se dirigían a mí.

El antepecho de una espaciosa azotea de la casa de Eloísa solía estar cubierto de tiestos de flores. Tenía la joven delicadísimo gusto para escoger las más hermosas, y en el tino para cultivarlas podía haber dado lecciones a un jardinero de profesión.

Un día la sorprendí arrimada de codos entre dos tiestos coronados de soberbios claveles, las mejillas en las palmas, delante de una pizarra, en la pizarra clavadas los ojos, y el pensamiento con tanta intensidad fijo en unas líneas en ella escritas, que no le dejó sentir mi aproximación.

Llegué a ponerme a tan corta distancia que pude advertir que esas líneas eran versos.

Al fin ¡Qué diantres! Me sintió, me vio, dio un grito y pasó rápidamente la mano por la pizarra. El encogimiento de ánimo de Eloísa, común a todas nuestras jóvenes, y sin razón y perjudicial muchas veces, hizo desaparecer en un instante versos que quizás le costaron horas de trabajo y que, hijos de una viva pasión y nacidos en la sencillez de la naturaleza, fueron acaso muy buenos. ¡Y por qué no! Eloísa tenía talento, estaba apasionada, sentía que sus ilusiones querían abandonarla y dejar vacío el nido de su inocente corazón, y pugnaba con todas sus fuerzas por detener el vuelo de esos huéspedes tan hermosos, tan amados y ¡ay! ¡tan inestimables! He aquí, a mi juicio, excelentes condiciones para que una joven se haga poetisa.

--- ¡Que hace, por Dios! ---exclamé en tono de reconvención al verla pasar y repasar el suave carpo hasta no dejar tilde de lo escrito.

--- No hago nada ---me contestó con notable turbación.

--- ¡Cómo, nada!

--- Pues nada, le digo… le aseguro…

--- Si he visto unos versos en la pizarra.

--- ¡Versos!

--- Sí, Eloísa, versos

--- ¿Cómo adivinó usted que esas líneas eran versos?

--- No era preciso adivinarlo. Y luego, ¿podrás negar que deseabas unos versos?

--- ¡Que los deseaba yo! Pero, señor…

--- No me lo niegues, niña. He penetrado tus deseos, y conozco que si no me has pedido esos versos con la franqueza que debes emplear para conmigo es solo a causa de la excesiva pena que me tienes. ¿No es verdad?

Eloísa se mordió suavemente el labio y bajó los ojos.

Dos palabras más, y estaba vencida, cual ella lo deseaba. “Niega y negando quiere que la premien”.

--- Ea, amiguita ---añadí--- pues, no tienes por qué avergonzarte de ser franca con tu viejo amigo.

--- Yo… ---dijo con voz trémula.

--- Sí, tú ---la interrumpí---, tú quieres algo de mí, y ese algo pienso que son unos versos.

--- Pero…

--- Pero tú misma los haces, cierto, lo sé bien.

--- ¡Yo hacer versos!

--- Lo he visto. Debes tenerlos en la memoria, vuelve a escribirlos. ¿Quieres que entre los dos los limemos?

--- ¡Si no valían para nada!

--- ¡Toma! Lo has confesado ---buenos o malos---, versos eran las líneas que vi en la pizarra.

Eloísa volvió a morderse el labio y a bajar los ojos.

--- Estás confesa y convicta ---continué---; ahora quiero decirte que me es fácil, muy fácil adivinar qué clase de versos era.

--- ¡Cómo, señor!

--- ¡Como lo oyes, niña! ¿No eran versos amorosos?

--- ¡Ah! Usted dice cosas…

--- ¡Digo unas verdades! Mira, Eloísa, no perdamos tiempo y entendámonos. Tú y N… se amaban.

--- Calle, ¡por Dios!

--- ¿Cómo he de callar, si es preciso que hable para que nos entendamos? Con que, ustedes se amaban, pero hace algún tiempo que no veo a N… por aquí.

Eloísa me tomó la diestra con ambas manos, que le temblaban, y le estrechó con fuerza; luego alzó los ojos llenos de lágrimas y me dijo:

--- De veras. ¿Usted sabe mis cosas?

--- Las tuyas y las de N… ¿No es verdad que has hallado en él alguna ingratitud?

--- ¡Mucha, mucha ingratitud!

--- ¿No es verdad, igualmente, que esta ingratitud te ha enfermado el alma?

--- ¡Ah, cierto!

--- ¿No es verdad, por último, que, enferma del alma, triste, casi despechada y apasionada cual nunca, quisieras dar salida al afecto que te ahoga expresándote en un lenguaje superior al común, en un lenguaje que armonice con tu estado moral, esto es, en el lenguaje de la poesía?

Eloísa volvió a apretarme la mano; pero esta vez añadió una sonrisa, y con ella y con la ardiente mirada me contestó que sí. Desterrados ya todo recelo y pena, convencida de que podía fiar de mi amistad, Eloísa me refirió su historia; historia tejida de unas cuantas candorosas menudencias, de esas que tanto abundan en la época de la transición de la infancia a la adolescencia, cuando el corazón cree demasiado, ama incondicionalmente y se enoja contra quién le dice que sus ilusiones no son verdades.

Estábamos solos. La mamá y las hermanas de Eloísa habían salido a unas visitas; el papá estaba ya en su almacén y ella se quedó en su casa alegando indisposición, pero, en verdad, porque deseaba soledad y silencio para escribir sus versos.

--- Con que, usted me los hace ---me dijo---; para eso le he abierto mi pecho.

--- Bueno; pero tú me vas comunicando tu sentimiento y tus ideas. Sabe que los poetas no somos otra cosa que instrumentos más o menos dóciles de las musas; hoy sé tú mi musa. Yo escribo los versos, mas el alma de ellos ha de ser infundida por ti.

Acercamos dos sillas al antepecho, pusimos sobre este la pizarra y, después de algunos minutos de una silenciosa concentración de nuestras facultades mentales, Eloísa me indicó lo que yo debía encerrar en la turquesa del metro.

Hecha la primera estrofa, le leyó, no le gustó y la borró. Me dijo en qué consistía la falta; yo no había penetrado bien su pensamiento.

--- Quiero mucha sencillez y mucha claridad ---me dijo---, porque yo no pienso que he sido siempre así.

Tenía razón y no repliqué

Volví a escribir; leyó lo escrito.

--- Ahora sí ---exclamó---, ¿sabe usted ---continuó---, que esa estrofa es casi la misma que borré cuando usted vino a sorprenderme?

--- ¡Oh! Mucho me alegro. Adelante.

La segunda estrofa sufrió más reparos y borraduras que la primera.

Esto provenía, a mi juicio, de que mi musa quería versos, en lo posible, semejantes a los que en mala borró tan precipitadamente. Quedó satisfecha de estos versos, y con voz trémula y apasionada repitió cuatro veces:

¡Ah! Vuelve a ser lo que fuiste

Lo que me quitaste, dame.

Después de un momento de silencio en que tuvo el índice de la diestra tendido a lo largo de los apretados, señal de que en la cabeza hay un pensamiento rebelde, al cual es preciso traer a orden y concierto, me dijo:

--- Con una estancia más habremos concluido; pero ¿sabe usted que no acierto a explicarle lo que deseo decir en ella?

Siguieron otros minutos de silencio. Yo no quise interrumpirla a fin de que Eloísa pudiese buscar placer la manera de expresarse. Al cabo tomó el lápiz, acercó a sí la pizarra y escribió rápidamente.

--- Mire ---me dijo con encantadora sencillez---, ¿no está bueno así?

Había escrito la tercera octava. La leí y exclamé:

--- ¡Ah! ¡poetisa! Estos versos ¿no fueron también de los borrados cuando vine?

--- Se parecen bastante. Pero lo que deseo es saber si están pasaderos.

--- Estan muy buenos; dejalos así como han salido de tu corazón, no los toques.

Eloísa rehízo, pues, la poesía borrada; para rehacerla yo no fui sino un pretexto es mío en ella.

La repasamos despacio, le pusimos algunas comas y acentos, y luego la copié en mi cartera. Eloísa quedó en sacar otra copia para sí. Los versos son estos:

me amaste cuando fui niña

te amé cuando niño fuiste

mi amor al tiempo resiste

del tuyo ¿Qué has hecho, di?

La juventud, encantadora

Estación de los amores

Por tu causa en sinsabores

Hoy abunda para mí

El ser yo en amarte firme,

¿ocasión, ingrato, ha sido

A que en la tumba del olvido

Sepultas nuestra pasión?

¡Ah! Vuelve a ser lo que fuiste

Lo que me diste, dame;

¡haz que de nuevo se inflame

En mi amor tu corazón!

Ámame, pero del modo

Que me amaste en otros días

Ámame como solías

Cuando fui tu único amor

Ámame, pero a mi sola

Y mira, ni aun de este modo

Podrás compensar en todo

De mi pasión el ardor.

No sé qué destino dio Eloísa a estos versos apasionados.

Las olas de la política me arrebataron lejos de ella en esos mismos días.

Dos meses después supe que N…, en cuyo corazón vulgar y duro no hicieron sin duda mella ninguna esos ardientes acentos, si acaso llegó a escucharlos, como lo creo, se casó con otra joven adinerada.

No transcurrió medio año después de este suceso, cuando me sorprendió la dolorosa noticia de la muerte de Eloísa. La mató una fiebre nerviosa, en el decir del médico que la medicinó; pero si yo hubiese estado allí, tal vez hubiera corregido la diagnosis; el facultativo no conocía, como yo, el corazón de la desdichada joven, en el fondo del cual estaba la enfermedad, que no en el sistema nervioso.

Hace poco estuve en la ciudad y averigüé por N…

--- N… ---me dijo un amigo--- es el hombre más desgraciado del mundo; desde el día en que se casó no tiene momento de paz: su mujer es tonta, celosa y de un genio diabólico.

Eloísa había tenido su vengadora en su propia rival.